Texto de Stéphane / Cécile Ceremonia Hugon. 19/11/26

En los últimos días hemos experimentado una cercanía improbable de gran tristeza y lágrimas, pero también de situaciones divertidas, cómicas o francamente surrealistas. Y ya mamá ha tenido éxito, su partida la refleja, es un momento solo para ella.

Porque mamá tenía esa originalidad. Estarás de acuerdo, tú que también la conoces, de una de esas muchas vidas, y para todos los que la han conocido, mamá tenía dos grandes rasgos de carácter.
Fuerza. Y alegría.
¡Es el Félisaz estrella!

Fuerza y alegría.

Unas cuantas anécdotas.

Cuando regresó de Compostela, escribió en una pequeña nota adhesiva en la casa de Pierrevert: « *lo exterior cura*». Una cita de Stevenson. De hecho, el viaje la ayudó a superar el dolor de la pérdida de mi padre, Jacques Hugon, que se marchó un año antes y está enterrado aquí en Bellevaux; es febrero de 2003 en esta misma iglesia.

La imagino saliendo sola de casa, a pie, cerrando la puerta y marchando con su bolso. Es abril, se va de casa durante dos meses y medio a través de Francia y España. Cultivando amistades increíbles, cruzando campos nevados o los bordes de carreteras nacionales, a veces alojándose en condiciones bastante rústicas. Cuando regresa, mamá hablará del camino como de una nación de dos metros de ancho y 1600 kilómetros de largo. Tiene 64 años cuando emprende su viaje.

Caminar, como sabes mejor que nadie aquí en Bellevaux, es esencialmente un ejercicio interior; es un viaje de uno mismo. Subir a Chavan o Petetoz te permite convertir tu propio viaje en un viaje. Caminar implica a los terneros tanto como es una fortaleza del alma. Mamá caminó, por la ciudad, por las montañas, en Argentina y Chile, sola o con el Club Godasse, amigas leales de toda la vida.

La fuerza tiene gente en la que confiar.

Sabes tan bien como yo que él respira una energía increíble en este valle, especialmente alrededor de la Cressonnière. Pienso en los primos argentinos, que se fueron en circunstancias extraordinarias; nos escuchan en internet, mientras os hablo, por supuesto pienso en la energía de Armand Félisaz y en el poder más secreto de Joséphine, mi abuela. Cécile es la mayor de este grupo de hermanos que, cada uno a su manera, cultiva esta fuerza. Y no tengo duda de que los primos pequeños, recién llegados, ya saben cómo aprovecharla.

Cécile Félisaz es una mujer soberana. Como sus hermanos y hermanas, pertenece a una tradición que decide su vida, sus decisiones, con gran ternura, a veces mezclada con cierto espíritu rebelde. Y hasta estos últimos momentos, ella habrá decidido su vida.

Fuerza pero también alegría.

Mamá tenía una disponibilidad increíble para encontrarse, para la hospitalidad, para la mediación, para conectar a la gente. Sus muchas actividades comunitarias, la radio local, los círculos de lectura y las bibliotecas, siempre un medio para conversar, miles de horas por teléfono. Y risas, siempre, risas.

Esta alegría, mamá, hereda de las grandes mesas. Mesas en el Chalet, también en la Cressonnière, mesas igual de grandes en los pastos alpinos. Las terrazas de Pierrevert por la tarde, siempre animadas por esta experiencia de compartir, comunidad y familia. Claudio dijo que esta comunidad nos arraiga tanto como nos libera. La alegría y la risa tienen un poder incondicional de libertad. Mamá también nos deja esto, y lo aprovecharemos bien.

Hace un año, tras un verano maravilloso en Bellevaux, se sintió cansada, fue tratada en Marsella. Los amigos a su alrededor no quedaron satisfechos con el cuidado y, se podría decir, llevaron a mi madre a París. Fue tratada en el Instituto Curie, que le salvó la vida por primera vez en diciembre de 2025. Mamá estaba mucho mejor; se mudó a un piso en la planta baja de mi casa, a un tiro de piedra del de Nicolas.

Durante un año recreamos un espíritu de ballavaud en el corazón de París, lo vemos casi todos los días, a veces cocinamos juntos. Hacemos visitandines, rissoles. Es una especie de pequeña Cressonnière en el distrito 12, una aldea donde todos están juntos, pero dentro del juramento, igual que aquí.

Por casualidad, vivimos a solo unos cientos de metros de la esquina de la rue Braille y Michel Bizot, precisamente donde mi madre vivía con Charles y Marthe en 1961, cuando dejó Bellevaux para ir a su escuela de química en París.

Aún de pie, pero cada vez más cansada, se da cuenta de que tendrá que estar postrada en cama. No le gusta; ocultará su dolor con dignidad. El pasado miércoles estuvo comentando extensamente las desastrosas noticias de la sociedad francesa.

Y luego, el viernes, mientras Nicolas y yo estábamos a su lado, cogiéndole la mano, se fue, tranquila. A las 14:32, el tiempo en París era muy agradable. Estamos convencidos de que eligió el momento de su partida. Ocultando el dolor, prefiriendo la vida y sin querer ser nunca una carga, ni siquiera para sí misma, eligió marcharse. Fuerza y alegría.

No sé si hay muertes hermosas, pero ahora sé que hay muertes dignas, serenas y soberanas.